

A V. Sánchez

*El Páramo, triste, silente, frío,
invoca protesta en su ambiente yermo,
y al debate del matorral enfermo
se une el estertor del seco árbol, con brío*

*Quando la acróbata sombra humana
mora en él, la aridez se exhorbita,
el hombre, incómodo, piruetéa y grita.
Sueña con la fértil vega lejana*

*a la que alguna vez pudiera llegar,
y allí, disfrutar, reír, danzar, ¡Oh ilusión!
para sacar la feliz sidra del lagar.*

*Olvidar el páramo de confusión
es su ambición. Algo supremo: al amar
besa la dura tierra y gime, el ciclón.*

Rafael Gil



La eterna lección metereológica da comienzo: dos nubes que se juntan, el trueno, el rayo y los efectos.

Son dos nubes jóvenes, apenas entre las dos suman treinta años; se llaman: Margarita y Rubén.

Entre los dos, al parecer, había calma. ¡Nadie lo diría! Pero siempre hay algún reumático infalible que asegure la tormenta; es la vieja Ana, la verdulera: ¡Estos chicos!... y los padres ¡tan tranquilos!

Van paseando por la «Huerta». Margarita, ya que no puede llevarse las flores, va, una a una, robándoles su aroma.

La «Ladrona» de perfumes exclama:

—Si no fuera por el guarda, tomaría todas las flores.

—¿Nada más que por el guarda? —pregunta Rubén.

—Bueno, y... también porque es pecado.

—¡Mira que flor! Jamás ví otra del mismo color, ¿quíeres que la corte?

—No, Rubén, que es pecado.

—Si tú no vas a pecar.

—Pero yo no quiero que ofendas al Señor.

—Escucha, Margarita: esa flor no vale más de cinco pesetas; pues bien, la voy a cortar, y le prometo al Señor dar las quince pesetas del

domingo a un pobre. ¿Qué te parece?

—¡Qué inteligente eres! —Margarita queda admirada.

—Además —dice Rubén con aire de superhombre—, el Señor me queda debiendo diez Pesetas, que quedaremos en paz en cuanto le dé el tortazo a Alberto y...

—¡Malo! —le interrumpe Margarita.

Rubén avergonzado baja la cabeza; pero rápidamente se repone y dice a la niña:

—Vigila mientras yo atravieso el césped.

Margarita queda en el paseo admirada de la decisión de Rubén, el cual, tras el matorral y con la flor en la mano, le sonríe como un caballero medieval después de haber dado muerte a su rival en el amor.

Corre veloz, salta la alambrada y ofrece la flor a Margarita. Al tomarla, las manos de Margarita y Rubén quedan unidas: **DOS NUBES QUE SE JUNTAN**

Rubén no sabe qué decir, pero dice algo:

—Margarita... te... te ¡eso!

Margarita comprende, pero como la palabra es dulce para ella quiere que se la repita.

—¿Te eso, qué?

—Te quiero: **EL TRUENO.**

La sacudida del primer amor limpio, puro y sagrado fué terrible: **EL RAYO.**

Un brusco temblor invade a Margarita. Rubén cree que el corazón le va a saltar. Su infantil pasión le ciega, y estampa un beso en la frente de Margarita.

La rosa cae de sus manos, la niña llorando escapa corriendo. Rubén queda anonadado, se siente criminal, queriendo reparar el daño y como si la flor tuviera la culpa la pisa con rabia. Las hojas, con singular estética, se iban formando, hasta que al mirarlas se pudo leer: **LOS EFECTOS.**

...Y con la noche Rubén entra en el pueblo.

ORTEGA Y DIAZ

DESPEDIDA

*Quando el Otoño nace...
y las hojas llevadas por el viento
dan el último roce
que significa "un adiós"
al que fué su morada
en un ambiente
triste, estremecedor, melancólico
mi alma llora...
llora de dolor y olvido
"¿Olvido?". Sí.
Porque igual que el viento se lleva las hojas
se llevó mi amor...
mi única felicidad. "E!"
rozó sus labios con los míos
susurrando:
un "Adiós"
al alejarse de mi
creí ser hoja
que llevada por el viento
volaba sumergida en un mundo
de tristeza y amargura
hacia un destino incierto...*

MARIA DEL CARMEN CABALLERO
Segundo curso F. A.